

ESTUDIOS CULTURALES, FRONTERAS Y TRASPASOS

Una perspectiva desde Brasil

RENATO ORTIZ*

En una conferencia organizada por Hermann Herlinghaus en Berlín, en 1995, tomé conciencia por primera vez de que era un practicante de los estudios culturales. Al año siguiente, en un seminario realizado en Escocia, en el cual participaba Stuart Hall,

esta sensación se reforzó, pues me encontraba allá, al lado de mis amigos Néstor García Canclini y Jesús Martín-Barbero, como representante de algo que nunca había imaginado.

El cuestionario propuesto por la Universidad de Stanford¹ me cita como uno de los más “sobresalientes” latinoamericana-

nistas dedicados a los estudios culturales, lo que me proporciona gran satisfacción. Sin embargo, a pesar de estas pruebas, la imagen que tengo entre mis colegas brasileños no se ajusta a esta definición. Para ellos soy, simplemente, sociólogo, antropólogo, aunque mis textos, leídos y apreciados en distintas áreas

*Especialista en el estudio de la relación entre mundialización y cultura. Ha desarrollado distintas investigaciones sobre la cultura popular brasileña. Doctor en sociología y antropología, investigador y docente en la Universidad de São Paulo – Campinas, también ha sido investigador invitado en el Latin American Institute de la Universidad de Columbia, en el Kellogg Institute de la Universidad de Notre Dame y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en México.

1. Este texto, publicado en *Punto de Vista*, núm.71, Buenos Aires, 2001, pp. 36-40, es la respuesta de Renato Ortiz a una encuesta organizada por la Universidad de Stanford.

—crítica literaria, arquitectura, geografía, comunicación— no encajen bien en las fronteras académicas existentes. En lo personal, no tengo ninguna angustia identitaria, aun en tiempos de globalización, cuando muchos están preocupados por el afán insensato de descifrar su “yo” mayor. Creo que no deberíamos tener ningún documento de identidad, que dice poco sobre nuestra individualidad, sino un “documento de diferencias”, rico, complejo, indefinido, capaz de revelar la diversidad de nuestros itinerarios a lo largo de la vida, y que sólo se cierre con nuestra propia muerte.

Pero si las representaciones sobre mi trabajo son diferentes “afuera” y “adentro” de Brasil, es probable que los lugares en que éstas son acuñadas expresen algo acerca de la actividad intelectual que desarrollamos y presuponemos como dada, como objetivamente inmutable. Soy incapaz de responder por completo a las preguntas que elaboró la Universidad de Stanford; muchas de las cuestiones tratadas me resultan relativamente distantes, tal vez por ser brasileño, latinoamericano, lo que de cierto modo me aleja de la lógica del campo universitario estadounidense. Consideraré los puntos que me parecen más relevantes y quizá, con una mirada algo extranjera, pueda contribuir al debate en cuestión.

Los estudios culturales no existen en Brasil como una disciplina específica. Por cierto, el interés por lo que se produce, ya sea en Inglaterra, a través de la escuela de Birmingham, sea en Estados Unidos, estudios literarios, posmodernidad, globalización, está presente entre nosotros. Pero los términos del debate son otros. No sé si constituirán en el futuro una especialización académica ni sabría decir si eso sería realmente deseable. La verdad es que la institucionalización del conocimiento en la esfera de las humanidades se encuentra más o menos definida, constituida por disciplinas y algunas actividades específicas tales como comunicación y artes.

Aun en los institutos y departamentos de letras, las divisiones tradicionales entre enseñanza e investigación parecen estar en vigencia sin mayores problemas. Esto establece de inmediato un adentro y un afuera, pues las preguntas sobre la posible relación entre estudios culturales y estudios literarios, el destino de los primeros, su politización o no,

DESDE EL PUNTO DE VISTA INTERNO, la realidad de las zonas geográficas tiene poca consistencia (incluso teórica), y depende más de los influjos externos

Los japonólogos son investigadores, de preferencia oriundos de Europa y Estados Unidos, cuya intención es comprender la realidad de un determinado país. Lo mismo pasa con los brasilianistas y latinoamericanistas. Son personas que se encuentran “fuera” de Brasil y de América Latina, que trabajan por lo general en instituciones norteamericanas o europeas. Pero ningún brasileño o latinoamericano se identificaría como un brasilianista o un latinoamericanista, algo que sólo sucede cuando emigran a una institución extranjera y se insertan en otro mercado académico. En ese momento, su identidad profesional se alterará. Por eso, no hay japonólogos en Japón ni latinoamericanistas en América Latina, sino sociólogos, economistas, historiadores, etcétera.

Desde el punto de vista interno, la realidad de las zonas geográficas tiene poca consistencia (incluso teórica), y depende más de los influjos externos. A pesar de que la situación no sea la misma —los estudios culturales no coinciden con una zona geográfica determinada—, ocurre algo semejante, ya que el conocimiento está marcado por la historia de los lugares en los cuales se ha producido. ¿Constituyen estos estudios una disciplina en particular? ¿Configuran un área específica de conocimiento? La respuesta puede ser positiva cuando los consideramos en el contexto de las universidades estadounidenses, pero negativa, o al menos ambigua, si miramos hacia América Latina. En lo que concierne a Brasil, me parece que la pene-

no son para nada universales. Éstos siguen el ritmo de los cambios ocurridos en las universidades estadounidenses, pero difícilmente expresan la realidad brasileña y, agregaría, latinoamericana.

En la introducción del libro *O próximo e o distante: Japão e a modernidade mundial*,² digo que la noción de estudios japoneses, conocida como japonología, sólo tiene sentido cuando se aprecia esta cultura desde el ex-

2. São Paulo, Brasiliense, 2000.

tración de los estudios culturales se lleva a cabo por los márgenes, es decir, para usar una expresión de Bourdieu, en la periferia del campo jerarquizado de las ciencias sociales, en particular en las escuelas de comunicación (lo que demuestra por cierto el conservadurismo de disciplinas como la sociología, la antropología y la literatura). Sin embargo, ninguna de ellas se propone modificar su estatuto institucional. Se leen los textos y se cultivan autores sin que el concepto de comunicación, como área específica de conocimiento o, si se quiere, de agregación de intereses, se vea amenazado.

Los estudios culturales se caracterizan por su dimensión multidisciplinaria, por la ruptura de las fronteras tradicionales establecidas en los departamentos y universidades, un aspecto muy positivo de proceso de renovación de las ciencias sociales.

No hay dudas de que el movimiento de institucionalización del conocimiento durante el siglo xx se encaminó muchas veces hacia una especie de fordismo intelectual, en el que las especialidades, las subdivisiones disciplinarias y temáticas (sociología rural, antropología de la familia, partidos políticos, etc.), alentadas sobre todo en los momentos de celebración ritual, los grandes congresos académicos, implicaron la preponderancia de un saber fragmentado en relación con una visión más globalizadora, totalizadora de los fenómenos sociales (recuerdo que para Marcel Mauss la categoría de totalidad era fundamental en la construcción del objeto sociológico). No se puede decir que el proceso de especialización haya sido del todo negativo; de alguna manera posibilitó el análisis más detallado de ciertos “hechos”, pero queda la impresión de que la fragmentación existente no favorece demasiado el perfeccionamiento del conocimiento y que se vincula más con los intereses de los grupos profesionales que rivalizan por subsidios de investigación y posiciones de autoridad en el campo intelectual. Sin embargo, no se debe considerar la importancia de lo multidisciplinario como algo idéntico al “fin de las fronteras”. Caeríamos en la obviedad del sentido común que ha hecho alarde con insistencia, ya en el ocaso del siglo xx, del “fin” de las ideologías, del espacio, del trabajo, de la historia. En este caso sería como sustituir una insuficiencia real por un falso problema.

Las fronteras son necesarias para la existencia de un saber autónomo, independiente de las imposiciones externas

LOS ESTUDIOS CULTURALES SE caracterizan por su dimensión multidisciplinaria, por la ruptura de las fronteras tradicionales establecidas en los departamentos y universidades

explorarse otras alternativas, por ejemplo, el enfoque trasdisciplinario. En este caso, los horizontes de las disciplinas surgen, no como un obstáculo que debe abolirse, sino como punto de partida para un “viaje” entre saberes compartimentados.

El tema de las fronteras puede explorarse también desde otro ángulo. La comparación con Estados Unidos es sugerente. Desde la década de los veinte, con la Escuela de Chicago, la sociología conoce en Estados Unidos un intenso movimiento de institucionalización. *Introduction to the science of sociology*, de Park y Burgess, considerada la pequeña biblia de los sociólogos de Chicago, se publicó en 1921. La expansión de la enseñanza universitaria, la creación de departamentos e institutos de investigación, multiplicarían los nichos institucionales e incentivarían el florecimiento de las diferentes áreas académicas. Ya en la década de los cuarenta diversas escuelas de pensamiento, funcionalismo, culturalismo, se presentan como referencias teóricas importantes en el campo intelectual estadounidense.

En Brasil, para emplear un término caro a la intelectualidad latinoamericana, la institucionalización de las ciencias sociales es tardía. La “escuela paulista” de sociología, personalizada en la figura de Florestan Fernandes, data de los cincuenta. En ese momento existían por cierto otras disciplinas, como la antropología, pero apenas de forma incipiente, desarrolladas en puntos alejados y desconectados del país, y practicadas

(religión, política, provincianismo local, sentido común). El enfoque multidisciplinario no es por consiguiente un valor en sí mismo sino un valor relacional (esto es, se establece en relación con las “verdades” de las disciplinas), y es necesario entonces vincularlo con una cuestión anterior: en qué medida favorece o no la realización más adecuada del propio pensamiento.

Si los estudios culturales proponen una solución multidisciplinaria, no es menos cierto que también pueden

por una cantidad bastante reducida de personas (las ciencias políticas no existían aún como especialización). No hay que olvidar que el desarrollo de una red universitaria de enseñanza era, hasta la reforma de 1968, también muy limitado. En verdad, la institucionalización de las ciencias sociales se consolida en las décadas de los setenta y ochenta con el surgimiento de un sistema nacional de posgrado (maestría y doctorado) apoyado por los organismos de financiamiento federales (Cordenação Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior, Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico) y estatales (Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo). Un panorama que hace que Brasil sea en la actualidad un país relativamente “privilegiado” en relación con sus vecinos, pues en ninguno de ellos hubo un desarrollo tan intenso de las redes universitarias de investigación.

Al contrario de las dictaduras chilena, argentina y uruguaya, los militares brasileños fueron “modernizadores”, es decir, impulsaron el crecimiento económico en los marcos de una política autoritaria, lo cual tuvo consecuencias importantes en la restructuración de la universidad. Con esto se quiere decir que, en un contexto de institucionalización restringido, las fronteras entre disciplinas nunca lograron imponerse con la misma fuerza y rigidez que en Estados Unidos. No hubo ni tiempo ni condiciones materiales para que esto ocurriera. Sin duda, estas fronteras existen en las universidades y en los centros de investigación, pero son más porosas, fluidas, y permiten una interacción mayor entre los practicantes de las ciencias sociales. Los pasajes de la filosofía a la sociología, de las ciencias políticas a la historia, de la antropología a la comunicación, de la sociología a la literatura, no son casos excepcionales, sino que constituyen más bien una regla del campo universitario. Tal vez por eso, el ensayo, como forma de aprehensión de la realidad, sobre todo en la tradición latinoamericana his-

AL CONTRARIO DE LAS DICTADURAS chilena, argentina y uruguaya, los militares brasileños fueron “modernizadores”, impulsaron el crecimiento económico en los marcos de una política autoritaria

pánica, haya sobrevivido al proceso de formalización de las disciplinas, puesto que su propia naturaleza es no respetar la formalidad de los límites establecidos.

¿El análisis de la cultura constituye un nuevo paradigma sistémico? No estoy convencido de que las ciencias sociales operen con paradigmas, en el sentido que Kuhn le atribuyó al término. Aun si se toma el concepto de una manera más alusiva y abarcadora, como sinónimo de referencia teórica, mis dudas persisten. Recuerdo que hace algunos años tuvo lugar un debate semejante en relación con el área de comunicación. ¿Existe una teoría de la información distinta de las otras esferas de conocimiento? ¿Son las escuelas de comunicación el lugar privilegiado de este sistema epistemológico? El resultado de esta polémica, hoy apagada por el tiempo, no fue alentador.

Me gustaría, sin embargo, retomar la cuestión, si es que la entendí bien, a partir de una formulación distinta: en la actualidad, ¿la problemática de la cultura encierra algo cualitativamente diferente respecto de las perspectivas trabajadas con anterioridad? Creo que sí. La tradición de las ciencias sociales, en sus diversas ramas, confinaba la esfera de la cultura a ciertos géneros específicos: en la literatura, al debate estético; en la antropología, a la comprensión de las sociedades indígenas, el folclor y la cultura popular; en la historia, a la reflexión sobre las civilizaciones (hoy revigorizada por el surgimiento de la globalización). Tanto en Europa como en Estados Unidos, la sociología, cuando se ocupaba del tema, lo restringía prácticamente a la esfera de la *Kultur*. La literatura y el arte disfrutaban entonces de un estatuto privilegiado.

El debate sobre el surgimiento de la cultura de masas en Estados Unidos (décadas de los cuarenta y cincuenta) tomaba el universo del arte como referencia obligatoria, ya sea para criticarlo como “elitista” (los autores liberales vinculados a la idea de democracia de masas y al mercado), sea para valorizarlo (los francfurtianos) como último refugio de la libertad espiritual. Se puede aun decir que el análisis de los fenómenos culturales gozaba de un prestigio menor en el campo intelectual. Otros temas, partidos políticos, estado, modernización, industrialización, urbanización, eran vistos como más importantes que los estudios referidos a la cultura popular, a las religiones, etc. Por cierto, la esfera de la “alta cultura” permanecía ilesa, pues era considerada como algo aparte, lo que garantizaba su aura solitaria. También en América Latina, con las

debidas proporciones, se reprodujo este movimiento. Pero a diferencia de lo que se dio en Europa y Estados Unidos, la asociación de la temática cultural con el dilema de la identidad nacional fue una preocupación permanente de la intelectualidad. En este sentido, los análisis realizados traspasaron los límites establecidos por las ciencias sociales europeas y estadounidenses. La constitución de la nación implicaba una reflexión diferenciada. Sin embargo, en las transformaciones que tuvieron lugar en las décadas de los sesenta y setenta, con el proceso de institucionalización de las disciplinas, temas como desarrollo, modernización, transición democrática, dependencia, tuvieron un poder de convocatoria mucho mayor entre los científicos sociales y el público más amplio.

Es posible que la tradición marxista, tal vez de forma inconsciente, haya desempeñado en esto cierto papel debido a que la noción de superestructura, como reflejo o no de la infraestructura, atribuía una posición secundaria a las manifestaciones culturales. De cualquier manera, con excepción de la antropología culturalista estadounidense (confinada a los estudios de las sociedades indígenas y campesinas y a la aculturación) y del debate sobre la cultura nacional en América Latina, la esfera de la cultura era considerada no como totalidad sino de forma recortada según los temas y las disciplinas.

Los estudios literarios tenían poco que ver con los análisis sociológicos, la antropología difícilmente dialogaba con la dimensión “moderna” de la llamada cultura de masas, y así de seguido. En la actualidad, en contraposición a esta tendencia hacia la compartimentación del conocimiento, el universo de la cultura pasó a percibirse como una encrucijada de intenciones diversas, como si constituyese un espacio de convergencia de movimientos y ritmos diferenciados: economía, relaciones sociales, tecnología, etc. No creo que pueda existir, como se pensó en el pasado, una teoría de la cultura (intención algo ingenua de los antropólogos culturalistas), pero estoy convencido de que con dificultad este espacio de convergencia pueda circunscribirse a las fronteras canónicas de las disciplinas existentes.

Otro aspecto se relaciona con la problemática del po-

EL DILEMA DE LA IDENTIDAD nacional llevó a la intelectualidad latinoamericana a comprender el universo cultural como algo intrínsecamente vinculado a las cuestiones políticas

sociales. La cultura quedaba un tanto al margen de todo ello.

Otra vez, ante este cuadro, puede verse a América Latina de manera diferente, pero es importante dimensionar las cosas para no caer en malentendidos. El dilema de la identidad nacional llevó a la intelectualidad latinoamericana a comprender el universo cultural (cultura nacional, cultura popular, imperialismo y colonialismo cultural) como algo intrínsecamente vinculado a las cuestiones políticas. Discutir sobre cultura era de cierta forma discutir sobre política. El tema de la identidad encerraba los dilemas y las esperanzas referidos a la construcción nacional. Dicho esto, es importante sin embargo cualificar el contexto en el cual se trababa el debate y señalar los cambios ocurridos desde entonces.

Primero, el surgimiento de una industria cultural, en particular en un país como Brasil, redefinió la noción de cultura popular y despolitizó el debate anterior.³ Segundo, el estado-nación era el puesto básico de la argumentación desarrollada. Tercero, el movimiento de institucionalización de las ciencias sociales, incluso restringido, con la especialización de las disciplinas, incentivó la separación entre comprensión

der. Por tradición, las ciencias sociales tendieron a identificarse con la política. Hay excepciones que confirman la regla; por ejemplo, la sociología de la religión de Max Weber.

Sin embargo, el movimiento dominante en el pensamiento sociológico (en el sentido más amplio del término) fue la consideración del poder como algo preferentemente vinculado con el universo de la política. Por eso, temas como estado, gobierno, partidos políticos, sindicatos, movimientos sociales, se tornaron hegemónicos entre los científicos

3. Véase en Ortiz, Renato. *A moderna tradição brasileira*, Brasiliense, São Paulo, 1988.

de la realidad y actuación política. Además, las transformaciones recientes desplazan la centralidad del estado-nación y redefinen la situación en la cual se producen las ciencias sociales. Mucho de lo que se define como “crisis política” se asocia con las restricciones impuestas a su actuación.

A partir del proceso de globalización el estado-nación se ve debilitado y se escinde el eslabón antes afirmado entre identidad nacional y lucha política.

El desplazamiento del debate, desde la identidad nacional hacia las identidades particulares (étnicas, de género, regionales), refleja esa nueva tendencia. Incluso en el marco de los antiguos países “centrales” se puede decir que también las instancias tradicionales de la política pierden legitimidad al definirse casi exclusivamente en términos de las fronteras nacionales (el debate acerca de una posible sociedad civil mundial es un síntoma de eso).

Otro cambio profundo se relaciona con el modo en que comienza a percibirse la esfera de la cultura. En América Latina, como se señaló, era vista como un espacio de acción política, pero no necesariamente, como entendemos hoy, un lugar de poder. Así, las contradicciones existentes en el seno de las manifestaciones culturales eran traducidas de inmediato en análisis y propuestas apropiados por las instituciones consagradas a hacer política: gobierno, partidos, sindicatos, movimientos sociales.

Se hace cada vez más clara la distinción entre poder y política, pues el poder, como algo inmanente a las sociedades, a las relaciones sociales, no siempre se actualiza como política. Existen por consiguiente mediaciones entre las manifestaciones culturales y las instancias propiamente políticas. Sin ellas se corre el riesgo de politizar indebidamente la comprensión analítica, dejando de lado los aspectos importantes, a veces definitivos, de la constitución de algunos fenómenos sociales (estética, religión, etcétera).

LA REFLEXIÓN SOBRE LA cultura, en el sentido amplio del término, enriquece la comprensión de las relaciones sociales

De cualquier manera, concebir la esfera de la cultura como un lugar de poder significa decir que la producción y la reproducción de la sociedad pasan necesariamente por su comprensión (lo que es diferente de la idea de “concientización”, muy en boga en América Latina en las décadas de los cincuenta y sesenta), dimensión que se acentúa en el contexto de la globalización.

La reflexión sobre la cultura, en el sentido amplio del término, enriquece la comprensión de las relaciones sociales. Desplaza la mirada especializada y abre los horizontes de las disciplinas hacia un conocimiento más abarcador de la realidad. Existen no obstante algunos problemas que merecen señalarse. Se trata de cuestiones antiguas en la bibliografía de las ciencias sociales pero que, con el desarrollo acelerado de los estudios culturales, no deben ser olvidadas.

Pienso que el análisis cultural debe escapar de dos tentaciones constantes: el culturalismo y el relativismo (en el pasado reciente existía aún el “peligro” del economicismo, pero creo que éste es un aspecto, al menos por el momento, relativamente abandonado).

La perspectiva culturalista tiende a enfocar la comprensión analítica sólo desde el punto de vista cultural, y deja de lado un conjunto de dimensiones decisivas en la constitución de los fenómenos sociales: economía, política, tecnología, etc. Cabe recordar que la antropología social británica realizó muchas críticas a las insuficiencias de la propuesta culturalista. Al cosificar la noción de cultura se pierde el tejido de significados constitutivos de los fenómenos sociales. El relativismo, caro a una visión antropológica tradicional, retorna con fuerza cuando nos enfrentamos con el proceso de globalización y la formación de identidades. Cada “diferencia” es vista como un mundo autónomo, un universo regido por reglas propias, esto es, relativa en contraposición a las otras. Se olvida que toda diferencia está construida socialmente, atravesada por relaciones de fuerza y, sobre todo, situada en contextos bien determinados: imperialismo, capitalismo, globalismo, etcétera.

El relativismo es en verdad una ilusión óptica, afirma de manera abstracta la total independencia de las “diferencias”, cuando éstas son en verdad denegadas por la historia (las diferencias son jerarquizadas según las relaciones de fuerzas que determinan los intereses de los grupos sociales, unos frente a otros). ■



BOCETO PAYASO. TEMPLE Y ANILINAS NATURALES SOBRE PAPEL DE CHINA, 1960.
Colección Familia Reyes.